





# LA DESCONOCIDA QUE SOY

Diarios íntimos. Volumen I.



Segunda edición: octubre de 2018

© Índigo Editoras, 2018

© Laura Freixas, por el prólogo.

© Inés Vecchietti, Isabel García Cuesta, Giuliana Santoli, Susana Simavilla, Oriana Vázquez, Cristina López, Keiko McCartney, Elena Barrio, Agustina Bor, Diana Ferreriro, Jazmín Hollmann, Laura Bianchi, Mariela Cordero, Nathaly Ponce, Carol Milkewitz, Olivia Arocena, Valentina Riveiro, Sofía Pinto, Melanie Pérez Arias, Laura Liz Gil Echenique, Josefina Garzillo, Leyre Villate García, Joana Sánchez, Pricila Vallone, Sol Iametti, Laire Sur, Ana María Trujillo, Carmina Balaguer, Marta Herrero, Olga Hueso, Oriette D'Angelo, por los textos.

ISBN: 978-84-697-9683-2

Impreso en España.

Corrección: Valentina Riveiro

Edición: Carla Santángelo y Marina Hernández

Maquetación: Sara Arroyo

Arte de tapa: María Fernanda Cid

Los derechos de esta obra pertenecen a Índigo Editoras y a las autoras de los textos que incluye. Si quieres reproducir parcial o totalmente alguno de estos textos, consúltanos primero. Gracias.

*«Soy mujer. Y un entrañable calor me abriga cuando el mundo me golpea. Es el calor de las otras mujeres, de aquellas que no conocí, pero que forjaron un suelo común, de aquellas que amé aunque no me amaron, de aquellas que hicieron de la vida este rincón sensible, luchador, de piel suave y tierno corazón guerrero.»*

Alejandra Pizarnik



# Prólogo





2017

VIERNES 20 DE ENERO

Escribo menos en el diario porque no hay nada nuevo. Repetición de rutinas que amo, de placeres (ir al cine, al teatro, a conferencias, a cenar *en amoureux* o con amigas y amigos; vivir en el centro, poder ir a tantas cosas porque vamos a pie, volvemos a casa, volvemos a salir), y profundización en las reflexiones de siempre: sobre mí misma, y sobre los temas que me interesan. Los diarios de escritores (lo digo en masculino porque estoy pensando ahora mismo en el de Gide y el de Pániker, no recuerdo escritoras que los llevaran en la vejez) tienden a volverse diarios de pensamiento y lecturas; secos, abstractos. Pero claro, el escenario ya está dado, ya no cambia. El mío tampoco. Ha hecho un frío polar estos días y lo he disfrutado. Pero aparte de esos pequeños cambios, no hay novedad. Pierdo sensibilidad lírica, esa angustia incandescente que puede ser maravillosa como fuente creativa (pienso en algunas páginas de Umbral, o del diario de Pizarnik) pero que no lamento haber perdido, porque su precio en sufrimiento era excesivo.

...

Ahora que lo pienso, sí hay un gran diario de vejez de escritora: el de Chacel. No es como Gide o Pániker (al que estoy

leyendo ahora), no; ella está viva, no está, como ellos, más allá del bien y del mal, en el reino del pensamiento puro, con ilotas resolviendo la vida cotidiana. Rosa Chacel tiene problemas de dinero, y quiere premios que no consigue, y sabe que en el fondo la ven como una «digamos lo que queramos, mujercita» (sic), y se siente fracasada en su vida personal, y teme que sus libros les gusten «a las señoras que compran perros de porcelana» (re-sic). Pániker, como Gide, es muy interesante e inteligente y además es simpático, más que Gide, pero no hace más que explicar sus triunfos (salas llenas, aplausos, le escuchan con atención, le leen con admiración, etc, ah, y tiene una amante entregada y a los setenta años, cuánto disfruta del sexo y qué bien follan). No hay conflictos, no hay angustia, sobre todo no hay, jamás, fracaso, ni dependencia de los demás. Cada vez entiendo mejor cuál es el problema para que las mujeres accedan al reconocimiento en el mundo de la cultura. No es solo una cuestión cuantitativa, eso de Groucho Marx: «Con mucho gusto le dejaría mi silla, si no fuera que estoy sentado en ella»; no, es eso, pero hay algo más: hay una subjetividad masculina (por razones sociales e históricas, claro, no biológicas ni metafísicas), que es la que la sociedad pone en un pedestal: la omnipotencia; eso es lo que se admira, lo que se desea, el traje de Supermán que los hombres quieren ponerse, con el que sueñan; y hay una subjetividad femenina (la que nos atribuyen), de calor humano y placer sexual pero también

de carencia, falta, debilidad, de cuidar y complacer pero no mandar ni amenazar ni destruir, de incompletud, y eso es lo que ellos no pueden soportar. Necesitan que exista, pero tienen que sacarlo de sí, atribuirlo a esos seres tan ajenos que son las mujeres, y dejar claro que lo desprecian. Entonces nosotras, no solo en la cultura sino en lo social, familiar, psicológico, estamos ante un dilema imposible. Si intentamos adoptar otra actitud: autoritaria, ambiciosa, conquistadora, nos riñen, fruncen el ceño, nos atacan, no gustamos, no nos creen, nos ven como insoportables, ridículas o impostoras. Si, por el contrario, asumimos el papel que nos han otorgado (chica sexy, gran dama, abuelita de cuento de hadas, Isabel Preysler, Melania Trump...), entonces sí que gustamos, pero claro, a condición de estar relegadas, mantenernos en el lugar que nos han asignado, y tratarnos con cariñoso desprecio.

LUNES 23 DE ENERO

Estoy terminando el diario de Pániker. Me gusta. ¿Por qué? Primero: me interesan siempre los diarios íntimos, si son diarios e íntimos, es decir, no cuando son indistinguibles de los artículos en prensa, no cuando se convierten en puro pensamiento, especulación o notas de lectura. A este a veces le pasa: muchas páginas sobre filosofía, religión, literatura... que a veces me salto. Segundo motivo por el que me interesa: pertene-

ce a la misma clase social y generación que mis padres, la de la *gauche divine*, aunque mis padres estuvieran al margen de ese grupo (pero más o menos los conocen a todos); leyéndole conozco mejor mi ciudad, la historia de la que formo parte, los *suquets* de Pere Portabella y los veraneos en la Costa Brava, toda esa generación rica, liberal, cosmopolita, y que se considera de izquierdas, aunque realmente creo que solo eran izquierda si se comparaba con el franquismo... Por lo demás, veo en él lo cómodo y estimulante que resulta pertenecer al grupo, o a los grupos, que tienen el poder, y ser reconocido por los pares. Por varón, por burgués, por nacido en Barcelona, Pániker es un perfecto ejemplo, sin fisuras (no creo que haya habido ningún racismo en su contra: el racismo es contra los de otras razas si son pobres, si son ricos no, y menos si son medio catalanes) de ese privilegio, el de «pertenecer». Le llaman de aquí y de allá, le escuchan, los grandes (al menos los considerados tales, a escala nacional: Eugenio Trías, Fernando Sánchez Dragó...) le tratan como a un igual, y él habla de tú a tú, en la realidad o en su fantasía, con Edgar Morin o Wittgenstein o Freud. Eso es lo que no tenemos las mujeres (ni los provincianos, ni los pobres, etc, pero yo lo que he vivido en carne propia es la exclusión de las mujeres). Él se mueve en un mundo intelectual y político donde todos son hombres (salvo alguna anfitriona, u ocasionalmente alguna escritora, pero son casos raros), en la realidad y en el mundo de los referentes (cita a muchísi-

mos escritores, y casi ninguna escritora: Woolf, Lessing, Rosa Montero, Rosa Regàs y creo que ninguna más). Naturalmente, nunca lo comenta, le parece natural. Alguna vez muy de paso menciona a la cocinera, Rosa, a la ex asistente, Adriana, a una tal Pilar a la que le dicta no sé qué... En fin, lo de siempre. Ayer pensaba que finalmente mi eterna sensación de ser medio excluida (siento que alguien como Pániker está cómodamente arrellanado en un sofá, rodeado de sus pares, mientras que yo estoy en un extremo, con medio culo fuera, siempre dudando de si me voy a caer) es una ventaja, porque cuando menos interesante es Pániker es justamente cuando cuenta (y lo cuenta constantemente) lo buen comunicador que es, la mucha gente que le escucha y la atención con que lo hacen, lo mucho que le aplauden, lo ocurrente que ha estado... Hay demasiada autotatisfacción y poco cuestionamiento en su autorretrato de hombre rico, culto, inteligente, creativo, guapo, seductor, exitoso. A la inversa, cuando más me gusta es cuando habla de la muerte de su hija. Cuando se muestra vencido, derrotado, humano.

He observado, por cierto, cuánto me interesan y me gustan detalles que podrían parecer sin importancia, como cuando anota de paso que ha ido al Corte Inglés a recoger unos zapatos que le envían desde Inglaterra. Porque retrata al personaje, supongo. Y porque hace más creíble y emocionante todo lo demás, al enraizarlo en lo terrenal, en lo cotidiano. Realmente

el buen diario íntimo debe ser íntimo, y debe ser cotidiano; la profundidad, el pensamiento, el análisis, están muy bien, pero por añadidura.

## LUNES 13 DE MARZO

Acabo de terminar los diarios amorosos de Anaïs Nin. ¡Qué impresión!... Esta mujer me fascina, qué personalidad tan singular, tan intensa, tan marcada. Me fascina su aplomo. La intensidad de su deseo y de su placer, en el amor y el erotismo. Su ausencia de culpa. Su extraña mezcla de poesía, generosidad y cinismo. Su vida dedicada completamente, apasionadamente, al menos en estos años (1932 a 1937) a tres cosas: follar, mentir y escribir en su diario. ¡Ahora entiendo que esta parte no la publicara en vida! Yo ya había leído varios volúmenes de su diario: cientos de páginas, quizá dos o tres mil; la descubrí en los años setenta, la empecé a leer en francés, en un libro que tenía mi madre, y ya entonces me gustó muchísimo. Es un diario con mucha personalidad: hay algo de narración y descripción, poco, pero maravillosamente escrito, hay muchísima introspección, análisis psicológico propio y ajeno: personalidades y relaciones, pero lo más fuerte, de lejos, lo más verdadero, la capa más profunda, está en estos diarios amorosos de los que, claro, ahora entiendo lo imposible que era publicarlos en vida. Para empezar, a causa de un tal Hugh que en los diarios

que yo leí aparecía borrosamente, al fondo del escenario, pero ahora he sabido que fue su señor marido desde 1923, cuando ella tenía veinte años, hasta su muerte en 1977; que la mantenía (porque con su agitadísima vida amorosa y la escritura de miles de páginas de diario no tenía tiempo para hacer nada con que ganar dinero, suponiendo que hubiera tenido el más mínimo interés); y que aunque Anaïs, salvo el fin de semana, no estaba nunca en casa, ni siquiera de noche (*et pour cause*: solía tener dos amantes fijos y algunos más a ratos perdidos), creyó siempre en la «inocencia» de su esposa. Hay algunas escenas memorables, como aquella en que Hugh lee el diario que Anaïs ha dejado abierto en el dormitorio común mientras baja a la cocina a dar órdenes a la criada (cosa que Anaïs ha hecho expresamente por el *délicieux frisson* que le da jugar con fuego) y lee una «tórrida» (como se dice ahora) escena de sexo entre ella y Henry Miller, real, por supuesto; cuando ella vuelve al dormitorio, Hugh le pide explicaciones, y ella, sonriendo con condescendencia, le explica que es todo ficción, imaginación, vamos, que no sea patán, que entienda que una Artista como es ella vive en la fantasía, pero en la realidad, ella sabe muy bien que los hombres no respetan a las mujeres que se les entregan y por lo tanto, blablaba. O cuando su deseo de irse a follar con Gonzalo es tan ardiente que no puede esperar al lunes (los fines de semana se acuesta con Hugh) y tras la cena, le sirve a Hugh una tisana... en la que ha diluido un somnífero; Hugh

observa que el color está raro, turbio, pero se la bebe, se queda dormido y ella se escapa a la calle y no solo folla con Gonzalo sino que se queda con él hasta la madrugada. (Lo cuenta todo en su diario y anota: «Ningún sentimiento de culpa».)

O cuando Hugh visita al psicoanalista que comparte con Anaïs, el doctor Rank, y se pasa la sesión hablándole de la «inocencia» de Anaïs; al terminar la sesión coge el tren a Londres (es director de la sucursal en París del National City Bank), y antes de que suba al tren Anaïs ya está en la cama con Rank. O cuando están dando una fiesta para inaugurar el lujoso piso, con paredes pintadas de color naranja unas y tapizadas de terciopelo negro otras, y alfombras blancas de lana traídas de Marruecos, en el Quai de Passy, con vistas al Sena, y ella baila con un hombre y se le antoja, y a él se le antoja ella, pero es un poco complicado follar allí mismo, en plena fiesta y siendo ella la anfitriona, entonces él dice que se va, ella, como exquisita anfitriona que es, le acompaña a la salida, llaman el ascensor, se meten en el ascensor... y me entero de que un polvo rapidito necesita ocho subidas y bajadas, desde un séptimo piso. Su manera de hablar de sexo es maravillosa, infinitamente mejor que aquello de *Delta de Venus* que era bastante cursi, la verdad, todo muy eufemístico; aquí hay un deseo franco, voraz, no duda en hablar de pene, de vulva, de orgasmo, pero a la vez está lleno de emoción, de belleza; es tan apasionada,



disfruta tanto, que no vacila, la pasión guía su escritura con una seguridad admirable.

Su uso de la mentira es fascinante. Está siempre mintiendo, no solo a su marido sino a sus varios amantes: por supuesto miente a Hugh para ocultarle sus relaciones con Otto Rank, con Gonzalo, con Henry Miller; pero también miente a Gonzalo y a Otto para ocultarles que sigue acostándose con Henry; miente a Henry para ocultarle que se acuesta con su padre, etc; y como todos ellos sienten celos y sospechan, y están más de una vez a punto de cazarla, o hablan con amigos comunes que tienen otras versiones de las cosas, o leen su diario como alguna vez pasa con Hugh... Anaïs tiene que inventar nuevas mentiras. Obviamente, miente tanto para poder simultanear varios amantes. Pero no es el único motivo. Creo que mentir, fingir, hacer comedia, hacer trampas... se convierte para ella en una forma de arte, una variante del teatro o la literatura. Y le proporciona unas emociones, unos miedos, unos escalofríos rozando el peligro, una oportunidad de proezas con verdadero riesgo como si hiciera acrobacias en un circo sin red (si todos descubrieran la verdad se quedaría sin casa, sin ingresos, sin amor...), que la excitan (yo en cambio lo pasaría fatal). Creo incluso, y aquí juzgo por mi propia experiencia, que hay en su actitud un toque vengativo, una victoria que ella en el fondo paladea contra los hombres, como cuando yo engañé a E.

También por mi propia experiencia entiendo que a veces el deseo de follar es tan acuciante que una pierde el mundo de vista y comete las mayores imprudencias. ¿De qué me vengaba yo? De la indiferencia de E. Ella, no lo sé muy bien. No creo que tenga nada contra Hugh, que parece una buena persona, eso sí, aburrido... quizá lo que no le perdona es su propia sumisión a él (hay algún momento en que dice que las caricias de él la repugnan) porque necesita su dinero.

También es un ejemplo de algo muy interesante de Anaïs Nin, y es cómo se somete a los roles de género pero a la vez los utiliza en su propio beneficio. Miente para proteger, para cuidar, para hacer felices a los hombres —cada uno se cree el único o por lo menos el favorito, el verdaderamente amado—. Miente porque la promiscuidad, que en un hombre se tolera (al parecer —ella lo menciona de paso— Henry Miller llegaba a llevarse a las putas al domicilio conyugal), en una mujer provocaría reacciones violentas. Pero claro, la mentira hace que ella, la única que sabe la verdad, tenga el poder... Sin duda las mujeres a lo largo de la historia han mentido mucho y tanto más cuanto menos igualitaria era la sociedad.

Otro tema que me interesa: su actitud ante las cuestiones económicas, sociales y políticas. Le comenté a Josune que estaba leyendo su diario y me dijo: «Yo la leía hasta que un día

me di cuenta de que toda su vida Anaïs Nin estuvo casada con y mantenida por un banquero, y desde entonces ya no la puedo respetar», o algo así. Es verdad que su comportamiento con Hugh es muy cínico. Por otra parte, da la impresión de que él acepta, incluso quizá busca, ser engañado. Cuando lees el diario piensas: no puede ser que sea tan inocente este hombre... cuando ella por ejemplo, noche tras noche, le dice que se va a tomar el café después de cenar, y a hablar de libros, con su amiga Colette, y que luego se queda a dormir en su casa para no correr peligros volviendo a casa tan tarde (existen taxis en París, caramba), y un día él llama a casa de Colette preguntando por Anaïs y la criada dice que no conoce a ninguna Anaïs... Ella es abiertamente cínica, aprovechada, hipócrita. Por supuesto me parece mal... pero suspendo el juicio, lo dejo de lado, porque creo que para experimentar hace falta a veces suspenderlo (como hice yo misma cuando fui infiel). Y la experimentación de Anaïs Nin es tan apasionante, tan enriquecedora... Me ha sorprendido, por ejemplo, encontrar en su diario el relato de una experiencia que yo también tengo, y no sé si tendrán los hombres: te dejas seducir por un hombre que te atrae por su personalidad, vives grandes momentos eróticos con él... y luego algo se rompe, o se desvanece, y te encuentras en la cama con un señor del que de pronto lo que ves es el cuerpo con todas sus imperfecciones, y te llega a repugnar, y no sabes cómo romper porque no entiendes muy bien lo que

ha pasado. Eso le pasó a ella con Rank (cuando le conoce le ve feo, casi enano, con una dentadura horrible; luego se enamora de él, le sigue a Nueva York... y al cabo de un tiempo le vuelve a ver feo, casi enano, con una dentadura horrible y además con mal aliento...), a mí con M.

¿Se justifica que Hugh la mantenga?... No sé si una mujer podía encontrar un empleo que le diera ese nivel de ingresos. Por otra parte, ella, a cambio, se ocupa de la intendencia y de las relaciones sociales, hace de anfitriona de alta sociedad: organiza mudanzas, fiestas, acude a cenas, viste con elegancia, y hasta tiene el toque sofisticado de ser escritora; es como un escarparte para su marido. Él parece estar muy feliz con ella y no parece que le importe que ella se vaya durante meses a Nueva York dejándole a él en París, por ejemplo, o que esté fuera casi todas las noches entre semana... Ay, qué difícil es formular juicios morales... En fin, desde el punto de vista de Hugh no sé si está justificado, pero si tenemos en cuenta la obra que creó Nin y el ejemplo que también creó, experimentando y explorando, con su vida... Y, claro, esa experimentación a tumba abierta solo la puede expresar en la libertad que da el secreto: para eso sirve un diario.

JUEVES 30 DE MARZO

Estoy leyendo los diarios de Paco Candel. Me cae simpático ese hombre, le veo sencillo, sin afectación, auténtico. Es un diario poco íntimo para mi gusto, pero interesante como testimonio de una cierta sociedad: el lumenproletariado, que Candel observa medio desde dentro (él paso su infancia en una barraca, en Can Tunis, en Montjuïc) y medio desde fuera (pues pronto se hace conocido como escritor y frecuenta el mundo intelectual), el lumpenproletariado, digo, *charnego* en general, en Barcelona, de los años 40 a los 70, y también los círculos intelectuales catalanistas y antifranquistas. Sus anotaciones tan detalladas: objetos, decoración, estado de las carreteras, precios de las cosas, y ese tipo de datos, que él consignaba para luego usarlos en sus obras (estamos en la época del realismo social, el del *Jarama*, *La Barraca*, *Entre visillos...*) me resultan a veces un poco cansinos, pero también interesantes. Me hace gracia ver cuando aparece por primera vez la palabra «yeyé» o «turista», o ver cuánto se habla de «rumores» (la gente no sabe lo que pasa realmente: ni cuántos parados hay, ni qué se cuece en el gobierno, ni qué intenciones tiene Franco o cuál es su estado de salud)... Tantas cosas de época, algunas que conocí (los chistes de Franco, el agua del Carmen, la censura, las octavillas, las manifestaciones prohibidas, los grises, el catolicismo progre que cantaba canciones como esa de «*Sóc jo, sóc jo, sóc jo, Senyor, qui voldria amb Vós parlar*»... que me hacían cantar en misa en

el colegio Betania; también el *Cumbayá*: todo eso de los curas obreros, los cristianos de base, la misa con guitarras, que creo que ya no existe), otras que no (por Semana Santa se cerraban todos los cines, hasta un año en que anota que ya no cierran sino que ponen películas religiosas). Me identifico con él porque es catalán y *charnego* a la vez, pertenece a la intelectualidad y la ve desde fuera, y vive de escribir artículos y libros y de dar conferencias, más o menos siempre la misma, por toda España (incluso en los mismos sitios que yo, como el Palacio de la Magdalena en Santander, dentro de la Universidad de verano Menéndez Pelayo); salvando las muchas distancias, claro. Me hace pensar que quizá yo debería poner más observaciones de este tipo en mi diario; no es que sea imprescindible, pero ayuda a revivir una época. (Por ejemplo, podría anotar que estos últimos años se han puesto furiosamente de moda las palabras «vulnerable», «precario», «dañar», «determinar» donde antes se decía pobre, marginado, perjudicar, decidir. También podría hablar de las primarias del PSOE. Alain apoya a Patxi. Yo no sé qué opinar. No me gusta Susana Díaz, no me gusta su manera de hablar tan enfática, suena a demagoga, y me dicen que su programa es muy conservador. Creo, eso sí, que una victoria de Pedro Sánchez dividiría irremediabilmente el partido y eso sería malo para todos.) Volviendo a Candel: su mujer era analfabeta. Caramba, ¿cómo se debía sentir ella, rodeada de los escritores que frecuentaba su marido? Y él, ¿qué comunicación

podía tener con ella?, debía «dejar fuera provincias enteras de su alma», como les pasaba a los hombres cuando entraban en casa, según decía mi padre que decía Ortega (aunque una vez que lo mencioné ante un especialista de Ortega me dijo que él no conocía esa frase). En fin, en todo caso, me gustaría mucho tener la versión de ella de esta misma historia, el diario de ella, si lo hubiera podido escribir.

#### VIERNES 31 DE MARZO

(...) Bien, luego fui a dar la conferencia en la Casa-museo Pérez Galdós, una casa canaria muy bonita (o sea, con patio, con los dinteles y demás de piedra negra, volcánica) que ya conocía de otra vez que estuve aquí, no recuerdo cuándo ni para qué. Era la de «Cómo quise ser escritor... pero me convertí en escritora». Justo antes de darla repasé el PowerPoint y quité un par de diapositivas, esas en las que citaba una entrevista a Javier Marías en que la entrevistadora le pregunta «¿le molesta que le consideren un escritor de moda?» y él contesta que no y que tal y que cual, y luego ella insiste: «De moda y de mujeres. Eso ya sí, eso ya le molesta, ¿verdad, Marías?», y otra en que citaba una entrevista a Antonio Gala en parecidos términos. Lo quité porque empiezo a estar cansada de protestar y quejarme del machismo en el mundo literario. De hecho, al dar la conferencia me fui dando cuenta de que era un recorrido por

las distintas etapas que he atravesado al respecto. Primera: yo quería ser escritor, bueno, decía escritora, pero nunca me había parado a pensar que podía existir alguna diferencia entre ser escritora y ser escritor. Segunda: cuando me quedé embarazada y descubrí que esa experiencia estaba ausente de la literatura, e hice *Madres e hijas*. Tercera: cuando empecé a darme cuenta de la escasez de escritoras (mientras la prensa pregonaba el supuesto «boom» de la literatura femenina) y a percibir cómo la crítica, los entrevistadores, los programas sobre libros, etc, ninguneaban, despreciaban, marginaban, desvalorizaban, ridiculizaban, a las escritoras, y me encendí de santa indignación. Cuarta y actual: eso lo sigo percibiendo y lo sigo denunciando (vía Twitter sobre todo) pero ya de forma mecánica y sin mucho interés. En parte porque ya lo he hecho durante muchos años, en parte porque ahora hay otras mujeres que han tomado el relevo: *Clásicas y Modernas*, *On són les dones*, el *Observatori Cultural de Gènere...* y hasta un académico (Luis Mateo Díez) en *ABC* declara que le «abochorna» la escasez de académicas, o *La Vanguardia* protesta de que haya tan pocas premiadas entre los premiados en el palmarés de tal o cual premio cultural. Y sobre todo porque ahora me interesa más entender lo cualitativo, el pensamiento patriarcal. Y descubrir el lado oculto: lo que han pensado, dicho en voz baja, escrito a escondidas, las mujeres. Hay ahí toda una veta: diarios, cartas privadas, libros póstumos. *Una mujer en Berlín*, las cartas de Pardo Bazán a



Galdós, el diario de Silvia Plath, los diarios amorosos de Anaïs Nin, *Oculto sendero* de Elena Fortún, las memorias de Victoria Ocampo... Tengo que hacer algo con todo eso.

#### DOMINGO 19 DE NOVIEMBRE

(...) En cuanto al diario, pienso que además del interés intrínseco que espero que tenga, también estoy haciendo una función de cronista. En la biografía de Vita [Sackville-West] me ha impresionado ver hasta qué punto estaba extendida entonces y en ese círculo la práctica del diario, además de la de las cartas. Vita lleva un diario, Harold lleva un diario, la madre de Vita lleva un diario, su hijo lleva un diario, Virginia [Woolf] lleva un diario, Leonard lleva un diario, amigos, amantes y colegas llevan diarios, hasta el punto de que sabemos qué ropa llevaba Harold un determinado día (un suéter amarillo vivo, sin cuello, «muy amariconado») porque lo dice en su diario la amante del secretario de la madre de Vita, que ha ido a ver a Vita y Harold a Long Barn (lo de amariconado es el comentario de la señorita en cuestión). Eso además de las cartas que escriben todos los días constantemente, en una época en que apenas hay teléfonos (he leído que Virginia, por ejemplo, escribió unas 4.000...). ¿Alguna o alguno de quienes estaban ayer en la fiesta de Marta, por ejemplo, llevan diario? Por si acaso, lo llevo yo.

JUEVES 15 DE DICIEMBRE

En cierto modo me va muy bien profesionalmente. El martes presenté, en el Instituto Cervantes, junto con Carmen G. de la Cueva y Ángel Néstore, que han creado una pequeña editorial llamada *La señora Dalloway*, el diario de Teresa Wilms Montt, una poeta chilena de los años veinte, con un título maravilloso: *Preciosa sangre*, el nombre del convento en el que la encerraron (no me ha quedado del todo claro quién —¿su marido, sus padres...?—, ni si con alguna base legal o simplemente por los pactos patriarcales tácitos) cuando decidió divorciarse. Un triste ejemplo de esas mujeres de clase alta, que tienen educación, sensibilidad, mundo, cierto aplomo por su clase, pero al mismo tiempo, sobre todo cuando la sociedad a la que pertenecen es tan reaccionaria como la clase alta chilena de finales del XIX, están completamente acogotadas. A mí me han acusado a veces de ser excesivamente racional, pero sigo pensando que prefiero pecar de racionalismo que caer en esta emoción desatada y cerril que lleva al sufrimiento masoquista (ese que la sociedad nos ofrece como modelo, casi único modelo, de grandeza en las mujeres: de las Vírgenes de los Dolores, de las Angustias y demás, a *Julieta* de Almodóvar, pasando por Madame Bovary, Ana Karenina y todas las heroínas suicidas del *bel canto*) y terminar suicidándose a los 28 años como esa pobre mujer, a la que habían castigado quitándole a sus hijas. Mucho mejor ser una Simone de Beauvoir, por mu-

cho que padeciera de «frigidez del corazón».

Antes de la presentación había quedado con dos chicas que han fundado una editorial para publicar diarios de mujeres: Marina Hernández y Carla Santángelo. Tomé un café con ellas en la terraza del Círculo, ellas fumando, yo congelada, pero aparte de ese detalle, fue estupendo, me gustó mucho su proyecto, su entusiasmo (palabra que me recuerda el reciente ensayo de Remedios Zafra que explica, al parecer —no lo he leído— cómo el entusiasmo nos mantiene, a quienes trabajamos en la cultura, en activo, a pesar de unas condiciones cada vez más precarias y de explotación), y saber que hay muchas mujeres jóvenes, no solo españolas sino en varios países de América Latina, que al parecer participan en esto, lo siguen, les interesa... Ellas querían proponerme que prologara el primer volumen que van a publicar, una antología de diarios de mujeres (desconocidas, actuales). No solo acepté sino que les hice otra propuesta: que me publiquen un diario de lecturas, recopilando mis comentarios de libros dispersos en todo mi diario, y aceptaron. Por supuesto todo gratis (ni lo mencionamos, se sobreentendía; pero no me importa trabajar gratis, como ellas también hacen, para lo que me gusta y me interesa y en lo que creo). Luego tomé un café con Carmen y Ángel; Carmen tan activa como siempre, con sus clubes de lectura, escribiendo una biografía divulgativa de Simone de Beauvoir...

Entusiasmo, sí. Ángelo un chico joven, muy guapo, muy feminista, encantador. Después de la presentación fuimos a Casa Manolo, ellos dos, Octavio, que acababa de presentar su libro, *Autorretrato de un macho disidente* (que estoy leyendo y me gusta mucho) y Marina y Carla. Hice las presentaciones; me encanta poner en contacto a personas que conozco aquí y allá y que sé que pueden simpatizar, intercambiar, colaborar, crear red. Luego me volví a casa, disfrutando del frío, de la noche, y de pasar una vez más por esos edificios: el Teatro de la Zarzuela, el Círculo con la Minerva de bronce en lo alto que me parece que me mira y me protege, el Metrópolis con la cúpula, las guirnaldas y el ángel de bronce, el otro edificio coronado por un templete de mármol, la fachada barroca, roja y gris, de San José, el Cervantes con sus cariátides... esos edificios que me gustan por sí mismos pero sobre todo por ser el escenario de estos años de mi vida desde el 2006 que vienen siendo tan felices.

Laura Freixas.